

DOMINGO XVIII – ORDINARIO (CICLO A)

Isaías 55,1-3.	<i>Venid y comed.</i>
Salmo 144.	<i>Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores.</i>
Romanos 8,35-39.	<i>Ninguna criatura podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo.</i>
Mateo 14,13-21.	<i>Alzó la mira al cielo, pronunció la bendición y dio los panes a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente.</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Las lecturas de este domingo nos presentan a un Dios que no permanece indiferente ante las necesidades de sus hijos. Isaías nos invita a acudir gratuitamente a las aguas, a recibir el pan y el alimento que verdaderamente sacian. El salmo proclama que el Señor abre su mano y colma de favores a todos los vivientes. San Pablo, por su parte, nos recuerda que nada podrá separarnos del amor de Cristo. Y el Evangelio nos muestra ese amor hecho gesto concreto en la multiplicación de los panes y los peces.

Jesús acaba de recibir una noticia dolorosa: la muerte de Juan Bautista. Busca un lugar apartado para estar a solas, pero la multitud lo sigue. Humanamente podría haber pensado en sí mismo, en su cansancio o en su dolor. Sin embargo, el Evangelio nos dice que, al ver a la gente, sintió compasión. La palabra utilizada indica una *conmoción profunda, una misericordia que nace de las entrañas*. Jesús no se limita a sentir lástima; actúa. Cura a los enfermos y, cuando llega la tarde, se preocupa también de su hambre.

Aquí aparece una enseñanza muy actual. Muchas veces vemos necesidades a nuestro alrededor: soledad, pobreza, falta de fe, sufrimientos familiares, jóvenes desorientados, ancianos abandonados... Podemos limitarnos a lamentarnos o, como Jesús, dejarnos tocar por el sufrimiento de los demás y hacer algo para remediarlo.

Los discípulos plantean una solución razonable: «*Despide a la gente para que vayan a comprarse comida*». Pero Jesús responde con una frase sorprendente: «*Dadles vosotros de comer*». Es una palabra dirigida también a la Iglesia de hoy. El Señor sigue viendo las necesidades del mundo y sigue diciendo a sus discípulos: no os limitéis a señalar los problemas; implicaros en la solución. Compartid vuestra fe, vuestro tiempo, vuestros bienes, vuestra esperanza.

Los discípulos se sienten incapaces: «*No tenemos más que cinco panes y dos peces*». Es una cantidad insignificante para tanta gente. Sin embargo, precisamente ahí comienza el milagro. Los cinco panes pueden recordarnos los cinco libros de la Ley, la antigua revelación de Dios; los dos peces han sido interpretados por algunos

Padres de la Iglesia como referencia a los Profetas y a los Salmos, o también a la doble naturaleza de Cristo, verdadera humanidad y verdadera divinidad. Más allá de los simbolismos, el mensaje es claro: cuando ponemos en las manos de Jesús lo poco que tenemos, Él lo transforma en abundancia.

El milagro tiene además un profundo *contenido eucarístico*. El Evangelio utiliza unos gestos que recuerdan claramente la Última Cena: Jesús toma los panes, levanta los ojos al cielo, pronuncia la bendición, los parte y los entrega a los discípulos. No se trata solamente de saciar un hambre material. Este signo anuncia el gran don de la Eucaristía, donde Cristo sigue alimentando a su pueblo con el Pan de Vida. Cada Misa es una respuesta de Dios a la necesidad más profunda del corazón humano.

También es significativo el papel de los discípulos. Jesús podría haber distribuido directamente el alimento, pero quiere contar con ellos. Ellos presentan los panes, reciben de las manos de Cristo el alimento multiplicado y lo reparten a la multitud. Así ocurre en la vida de la Iglesia. El Señor es quien salva y alimenta, pero quiere necesitar nuestras manos, nuestra voz y nuestro servicio. Somos colaboradores de su obra.

Al final sobran doce cestos llenos. El número doce evoca las doce tribus de Israel y también a los doce apóstoles. Indica la plenitud del nuevo pueblo de Dios, la Iglesia. El alimento de Cristo no se agota; su gracia es sobreabundante. Allí donde el hombre calcula escasez, Dios crea abundancia. Los doce cestos nos recuerdan que el amor de Dios siempre supera nuestras expectativas y que la Eucaristía es un don inagotable para todos los pueblos y generaciones.

Las tres lecturas convergen en una misma verdad: Dios quiere alimentar a su pueblo y darle vida en todos los aspectos. Isaías anuncia un banquete gratuito; el salmista canta la generosidad del Señor; san Pablo proclama un amor inseparable; y el Evangelio nos muestra a Jesús haciendo visible ese amor mediante el pan compartido. El Señor sigue teniendo compasión de la multitud de nuestro tiempo y sigue repitiendo a cada cristiano: «*Dadles vosotros de comer*».

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿Qué necesidades materiales, humanas o espirituales veo hoy en mi familia, en mi pueblo o en mi parroquia, y cómo puedo responder a ellas?

¿Cuáles son mis “cinco panes y dos peces”, es decir, esos dones pequeños que quizá considero insuficientes pero que puedo poner en manos de Jesús?

¿Qué lugar ocupa la Eucaristía en mi vida? ¿La vivo realmente como el alimento que fortalece mi fe y mi compromiso cristiano?

Cuando Jesús me dice «dadles vosotros de comer», ¿qué llamada concreta siento hoy para servir mejor a los demás?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
